

Y volaron los canarios:

La discusión fue larga, tanto que la cena cotidiana fue duplicada. La tierna Cristina perdiendo sus preciadas horas de sueño defendía que quería una mascota para su octavo cumpleaños, y no sé rendiría fácilmente aunque careciera de argumentos o autoridad. Su contraparte, el inflexible Antonio, su padre, no estaba dispuesto a ceder, ya que no soportaba a los animales por sucios, revoltosos y por usar demasiado espacio. Cuarenta años sin ellos no acabarían pronto.

La madre, como es común, busco un acuerdo que contentara a ambas partes. Fueron varias propuestas las que se presentaron y se enmendaron, pero todas fueron rechazadas por Antonio y sus dogmas inclementes. Al final, y tras varias ingeniosas ideas, se llegó a la opción de un par de canarios.

Eran unas avecillas casi diminutas, amarillas e hiperreactivas que volaban por las jaulas buscando algo misterioso. En la tienda no llamaron la atención de Antonio, el cual pensó simplemente en su ignorancia: “ un animal más. . . Tal vez menos destructivo, pero solo por estar en una jaula”, y aunque en ese momento se hubiera arrepentido, los compromisos ya eran definitivos. A los demás, les pareció buena idea, aunque los niños pasaron más tiempo frente a la vitrina que los separaba de unos cachorros que gateaban con ridícula dificultad, igualmente se alegraron por el desenlace favorable del asunto. La compra se llevó a cabo rápidamente, con un movimiento de tarjeta y nada más, pero fue para la familia un acto formal que dio inicio a un nuevo ciclo de cambios y reformas radicales en su hogar.

Al comienzo parecieron la elección ideal, eran pequeños y consumían poco, y la única molestia que podían causar era su canto lírico que tanto gustó a los niños. Encerrados en su pequeña y transportable jaula eran ignorables para todos los miembros de la familia, y daban cierto toque a la terraza, lugar donde se les instaló, esa idea de que eran una buena decisión persistió con cierta fuerza. Hasta Antonio tuvo que ceder en las conversaciones familiares sobre su radical postura en el tema. Y lo hizo complacido por cómo cursaba la situación. Lamentablemente ese periodo de comodidad no fue eterno, y el tiempo pasó como siempre lo hace.

El problema llegó con los huevos. Cuatro esferas irregulares con manchas oscuras y un fondo levemente azulado. descansaban en un nido artificial comprado con todos los demás implementos. Al enterarse de la noticia, Antonio pensó en una sola cosa: ¿Cómo cocinar esos huevos? Pero la piedad repentina de sus inocentes hijos lo detuvo implacablemente. La noticia se difundió y hasta nació expectación alrededor de ese exótico acontecimiento. Pero este era ya irreversible.

Nacieron poco después. Fueron todo un éxito entre los niños del condominio y los demás amigos de sus hijos que llegaron en muchedumbres otra vez (La primera vez fue con el arribamiento de esta nueva especie). Antonio comenzó a dudar cada vez más de esos animales, lo que pudo ignorar dejaba de serlo. Pero no importó mucho, igualmente crecieron rápido las crías, y causaron la necesidad de una nueva jaula más grande para alojarlos. Esta, al parecer, fue demasiado cómoda, puesto que no tardó en llegar una tercera generación más numerosa que la anterior. Pero con ella, llegó también el totalitarismo. Una separación estricta de sexo, cada uno en su jaula. El único contacto era la vista y un melancólico canto lírico que se fue apagando con los días. Antonio se volvió un líder autoritario, ignoró la oposición de sus hijos, y con los suficientes argumentos y facultades hizo regir con una exactitud implacable su nuevo plan de gobierno.

Pero sucedió unos meses después algo más que misterioso que nunca logró una explicación. Para desgracia del dueño de casa alguien cometió un grave error al enjaular a un canario en fuga. Se desató entonces la horrorosa consecuencia del régimen preponderante, una cuarta y basta generación llegó a todos los nidos de la jaula femenina, guardada hasta entonces con un cuidado máximo. Era algo sin precedentes, tanto por lo insólito del cambio como por la cantidad de huevos que aparecieron.

Al nacer esa inmensa prole vinieron nuevos gastos, una nueva jaula de proporciones irracionales y otras obras públicas, como nuevos bebederos, nidos y otras bagatelas que dieron amplios ingresos a la tienda de mascotas del barrio, quienes los consideraron clientes de primera categoría. No fue el último desafortunado gasto, aunque más moderado el funeral del veterano "Bowie", el

primer canario de esa colonia que estaba dominando al imperio, fue todo un acontecimiento. Siguieron una serie de visitas al veterinario por distintos casos de problemas medicos de algunos de esos animales, cuales Antonio culpo a la terrible endogamia y acinación de la anarquica sociedad de esos pajaros revolucionarios.

Caído el sistema represivo, el crecimiento demográfico fue exponencial.

Pasaron las semanas y el canto lírico que daba un confortable espíritu de naturaleza al hogar se volvió un ruido caótico y destructivo, que invadía los pocos momentos tranquilos de la vida de un hombre adulto, desde la siesta hasta al trabajo urgente, no había hora que perdonaran esos pajarracos. Antonio era ya un cuarentón, el cual como muchos otros no se encontraba en su mejor momento. El envejecimiento constante junto al creciente trabajo diario sólo se sumaba a las tediosas actividades familiares y los problemas inesperados. Era viejo y dándose recién cuenta de eso no soporta otros problemas que lo sobrecargaran en ese periodo. Su espíritu trabajador con el cual había vivido tantos años estaba a punto de quebrarse por una ridícula revolución aviar.

Las insinuaciones de la necesidad de una reforma se repitieron varios almuerzos y cenas, pero fueron ignoradas con mayor constancia por su esposa y por sus hijos, quienes alegres con sus pequeñas pero numerosas mascotas se dedicaban a jugar a ratos con ellos, abandonando la constancia de la mantención de esos seres plumíferos. Tras perder una y otra vez, y sin ganas de restaurar otra vez una dictadura, por el esfuerzo que conllevaba, se resignó a ser desatendido. Todo llegó a su punto de quiebre una tarde memorable y maravillosa.

Era jueves por la tarde. El tráfico había explotado y Antonio llegó con más de media hora de retraso a su hogar. En pocos minutos, a más tardar media hora, llegarían sus hijos del colegio. Y como siempre en esa edad causarían problemas y necesidades a las que atender. Buscó un lugar tranquilo para relajarse un poco y conseguir fuerzas, pero los canarios estaban más que alterados esa tarde y su ruido dominaba con aplastante fuerza toda la espacialidad de la casa. No hubo caso de alejarse de ellos, su ruido llegaba a todas partes con una fuerza inexplicable.

Al no haber manera de huir, desesperado el pobre hombre fue directo a la terraza, fortaleza de sus enemigos, esos demoníacos animales. Se sentó a verlos rendido y cansado, esperando que con su furiosa mirada de ser exhausto los pájaros se callaran. Pero no eran humanos como para entender esos sentimientos tan complejos, que hasta a nosotros nos cuesta comprender.

Volaban constantemente, desplegando sus alas y se molestaban entre ellos. Eran minúsculos pero tremendamente capaces de alterar todo. ¿Si eran bestias caóticas como cualquier otra, cómo lo hacían?

De esa manera divago la mente de Antonio por un rato, indeciso en su pensamiento y siendo incapaz de tomar la más mínima decisión lógica. Hasta que su atormentada cabeza se iluminó con una idea inesperada.

A veces las ideas surgen como luz de libertad en las paralizadas mentes de algunos hombres, algo así le Antonio en ese instante tan decisivo. Sin dudar y con una decisión que le había abandonado desde el incidente que lo llevó a ese punto, se abalanzó sobre una de las jaulas. Era la más grande y poblada de todas. Al alcanzarla hizo con ella algo sin precedentes. Abrió la puerta y los dejó huir.

Y volaron los canarios. Libres por primera vez en su vida, se tardaron en entender tan valioso concepto. Al corto rato, comenzaron a escapar. Volaron hacia las copas de los árboles del jardín, buscando algo conocido. Exploraron las ramas de cada árbol, jugueteando con ellas y buscando algo de su dieta común. Además cantaron como nunca, con una dulzura al oído que se había escuchado por primera y última vez cuando llegó el primero de ellos, con una melosidad que evocaba a la más primitiva pero perfecta naturaleza. Antonio se alegró con cierto cinismo por el esencial bien que les había dado, por cómo transformaban su decisiones espontáneas en arte musical, en algo así como maravillas, hasta se sorprendió por el curioso origen de esa situación.

Tras volar los suficientes pajarillos como para aliviarlo y sentirse en cierto modo un libertador, entre cerró la puerta, sintiendo cierta culpa que era aliviada por el canto de los libertos. Se sentó un rato más a ver cómo los últimos pájaros se alejaban en el horizonte, descubriendo nuevos mundos donde ser libres y naturales. Se levantó entonces y fue a continuar otra vez con la vida incesante, sin

siquiera pensar cómo le explicaría tal cataclismo a sus inocentes hijos. Se sentía invadido por algo nuevo y tranquilizador que le impedía pensar. Hasta que ellos llegaron.